

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3, 5.7-12): *Pídeme lo que deseas que te dé.*

Salmo (118, 57 y 72.76-77.127-128.129-130) «¡Cuánto amo tu ley, Señor!»

2ª lectura (Romanos 8, 28-30): *A los que redestinó, los llamó.*

Evangelio (Mateo 13, 44-52): *Reúnen los buenos y los malos los tiran.*

Todos los seres humanos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y, como dice Pablo, predestinados a reproducir en nuestra vida al que es la imagen perfecta del Padre, Jesús, el Hijo de Dios. Entonces tenemos que plantearnos, a la luz de la Palabra de Dios, cuál es el ideal que nos mueve en nuestra vida, qué criterios, aspiraciones y preferencias, centran nuestra vida y deciden nuestra voluntad. ¿Qué buscamos para alcanzar las grandes metas de nuestra vida? Es la reflexión que tenemos que hacer para conocernos a nosotros mismos.

Para eso, tendríamos que responder a la “oferta” que Dios hace a Salomón en la primera lectura: *«Pídeme lo que deseas que te dé»*, esto nos lleva a plantearnos qué es lo realmente importante en nuestra vida, qué ideales buscamos. Quizá podríamos plantearnos lo que nos dice en su evangelio Lucas: *«Donde está tu tesoro allí está tu corazón»* (12, 34), o sea, tomar conciencia de que tenemos la necesidad de hacer una opción radical, definitiva y propia de quien es discípulo de Jesús.

La respuesta a esta necesidad de optar para el discípulo de Cristo nos la da el Señor en el evangelio con esta doble parábola del tesoro escondido y de la perla encontrada. Un hombre, casualmente, encuentra un tesoro escondido, se da cuenta de que aquel tesoro puede colmar todas sus aspiraciones en la vida, hasta el punto de que está dispuesto a vender todo lo que tiene para adquirirlo. Este tesoro, para el discípulo de Cristo, tiene que ser el Reino de Dios que no lo hemos buscado pero que el Señor nos presenta, pero el hombre tiene que cooperar, vender todo lo que tiene, o sea, desprenderse de todo lo que le impida seguir al Maestro. Esto contrasta con el episodio que nos presenta el evangelio más adelante, cuando habla de aquel joven al que Jesús anima a vender todo lo que posee para obtener un tesoro en el cielo.

El comerciante en perlas finas no encuentra casualmente la perla, sino que la está buscando, es la representación del hombre que ha estado buscando, soñando y anhelando siempre algo que sea su auténtico ideal, que colme sus anhelos y eso no lo encuentra en las cosas materiales, en las riquezas, el poder, etc., si realmente busca la verdad, encontrará el Reino de Dios. No se trata del valor material de la perla sino de la satisfacción de la persona que encuentra aquello que colma sus expectativas. Pues que nosotros, llamados a reproducir la imagen de Cristo, pidamos, como Salomón, la auténtica sabiduría para encontrar esa perla que buscamos y que es la única que puede dar sentido a nuestra vida, aunque ello lleve el compromiso de venderlo todo, del desprendimiento y la entrega.

No todo vale lo mismo. Para conseguir una justa apreciación de las cosas es necesario disponer de una escala de valores en la que se vaya definiendo la prioridad de los mismos. Aprender a gobernar al pueblo y discernir entre el bien y el mal fue la prioridad elegida en sueños por el rey Salomón frente a una vida larga, llena de riquezas y también frente a la victoria sobre sus enemigos. El sueño se cumplió al despertar Dios en el espíritu de Salomón una sabiduría y prudencia como jamás la hubo antes ni después de él. Estas le acarrearán riquezas, larga vida y paz en su reino al consolidarse la victoria que su padre David habrá conseguido.

¿Cómo se puede llegar a discernir con acierto los valores que deben ocupar la prioridad en nuestra vida? Reconociendo que todos ellos son regalo del Altísimo incluida la capacidad de apreciarlos; será la oración y contemplación de los dones celestes el mejor clima para calibrar el peso y valor de cuantas alternativas se presenten en el devenir de nuestra existencia. Sacrificarlo todo por conseguir un campo que esconde un tesoro valioso no es renunciar a nada sino calibrar bien la escala de valores que nos permite dar prioridad a lo que es causa de todo bien. Si conseguimos el tesoro valioso podremos recuperar el disfrute de todo cuanto sacrificamos para conseguirlo.

El verdadero sentido, el más alto valor de las cosas está en devolverles ese carácter sagrado que les confiere el sacrificio que hacemos por conseguirlos. El evangelio nos habla de venderlo todo para conseguir un tesoro en el cielo. Esa es la forma parabólica de enseñarnos a sacrificar, a colocar en el área sagrada, a situar en el designio divino, toda nuestra apreciación y estima por los valores de este mundo.

Para los cristianos continúa teniendo valor supremo el único absoluto que es Dios, todas las demás cosas cobran su valor máximo cuando las relacionamos con Él y no olvidamos la diversidad y pluralidad que compone toda relación humana. La solidaridad, leída como amor y respeto a esa diversidad y pluralidad, se convierte en principio ordenador de esa gama de valores que sin negar valor a ninguna realidad descubre que no todo vale igual.

El peligro de una sociedad sin jerarquía de valores es llegar a la afirmación de que todo vale igual. Ya no importa un absoluto, como punto de referencia o principio ordenador, por lo que fácilmente se acaba absolutizando el relativismo. Por no aceptar la jerarquía de valores, podemos acabar afirmando que todo vale sin importarnos su calidad.

El don del Espíritu por el cual podemos discernir el valor de cada momento es la garantía de nuestro acierto en el obrar y estimar las distintas y diferentes circunstancias de la vida sin caer en la confusión que elimina las diferencias y por tanto las preferencias a la hora de tomar decisiones.